

Strawinsky y la universalidad

= De El Sol. Madrid. =

En todos los países, en todas las profesiones, hay el mismo prurito por encontrar cuál de sus hombres asume para el resto del mundo la significación nacional, cuál es el hombre cuya cima se divisa desde todos los paisajes. Los científicos tienen su candidato, como los políticos, como los hombres de artes o de letras. Pero me parece que una profesión de estricta técnica, por rápidos y valerosamente lanzados que sean los dardos que proyecta, encuentra demasiado pronto el cerco de su horizonte. El especialista apenas puede aspirar sino a un auditorio reducido, y su trascendencia fuera de él es puramente nominal, ineficaz en el mundo. Para llegar a la conciencia general del mundo hay que buscar los más anchos caminos—aunque a veces sean más agrestes y tortuosos—de la literatura o del arte. Un hombre de ciencia sólo puede representar a su país ante otros hombres de ciencia, y aun verdaderamente cabe preguntarse si la ciencia puede tener un carácter nacional; no en ese reducido aspecto de una «ciencia nacional» ni de un «arte nacional» sino bajo el aspecto de elemento integrante en la conciencia universal. Un gran artista colabora en la formación de esa conciencia como un accidente natural en un paisaje; pero un hombre de ciencia me parece que apenas puede aspirar a sumarse a la ciencia colectiva más que en tanto que guarismo.

Cuál es en seguida el artista o el pensador que vincule a su nombre el de su país tiene fácil respuesta. Un hombre que desde luego esté *in the public eye*, como dicen los ingleses, pero que además sea indispensable para los de su profesión. Un hombre del que sea imposible no hablar cuando se trate de pintura, o de música, o de filosofía, o de política. Un hombre cuya actividad sea por tal manera significativa, que sea imposible concebir sin ella tal arte, tal sistema. Las contingencias de la política hacen de cada caudillo un hombre de esos; pero por muy grande que sea la sensación que un político brillante produzca durante el tiempo de su actuación, pocos son los que intervienen en la «construcción» de una conciencia política que trascienda de la esfera nacional.

Quizá en nuestro tiempo solamente Lenin, con su amplitud oceánica. Pero en los ríos de la música y de la pintura dos figuras hay que parecen asumir indiscutiblemente esa categoría aludida. Se dice que Newton no tuvo necesidad de hacer intervenir a Dios en calidad de hipótesis. ¿Hay algún músico actual en todo el vasto mundo que no tenga que hacer intervenir a Igor Strawinsky en sus meditaciones? O ¿hay alguien que al considerar la pintura moderna pueda prescindir del nombre de Picasso? Uno y otro han ejercido la más intensa conmoción en sus artes respectivos en esta época que en síntesis comienza con la guerra; y si todos los que los han sucedido dentro del tiempo reflejan en mayor o menor grado algún rayo de los que proyecta su intenso fo-



Igor Strawinsky

Apunte de Aristo-Téllez

co irradiante, los mismos maestros que presenciaron su aparición quedaron teñidos poco o mucho por sus luces.

Un espíritu vivo pudo sentir en mayo de 1913, al estrenarse en los «bailes rusos» de Diaghilef *La consagración de la primavera*, que se acercaba una conflagración mundial; que había en el mundo un *statu quo* a punto de perder el equilibrio; que una porción de dogmas y preceptos iba a perecer. Cuando un arte flor de una civilización se halla a punto de ruina, esa civilización está resquebrajada hasta sus cimientos. El buen entendedor de arte, el crítico fino, puede ser el mejor sismógrafo.

Por aquella época, Pablo Picasso, el español universal sin el que la pintura moderna no existiría, como no existiría la música actual sin Strawinsky, el ruso cósmico, estaba demasiado ocupado en sus construcciones para poder prestar atención a un arte sonoro que sus vecinos de Montparnasse consideraban decadente por ir envuelto en una apariencia de alto mundanismo y de lujo coruscante. Picasso y sus compañeros andaban buscando una expresión monda y desnuda, pobre y humilde. Los bailes rusos les tenían que aparecer un envío de la Rusia bárbara y orgiástica. No sabían qué víbora para el burgués se albergaba entre aquellas rosas opulentas. Picasso quería despojar a su pintura de todo accidente en la apariencia de las cosas, para considerar tan sólo su interna razón de ser, su más honda estructura, y los cuentos de hadas que Strawinsky ofrecía para

Adolfo Salazar

Prensa e información

Benigno Cuesta (hijo)

Agente de los mejores DIARIOS
y REVISTAS

Manizales, Colombia.

darse a conocer 'no podían interesarle cuando él mismo estaba lejos ya de sus arlequines azules y rosa. Aquella Rusia era todavía el policromismo oriental, y él, Picasso, buscaba una pintura occidental. Aquello era bárbaro, y él era un ultracivilizado. Cuatro años después, al encontrarse en Roma con Strawinsky, Picasso comprendió qué clase de hombre era aquel músico.

A lo mejor nos espera tras de la esquina el suceso inesperado que en un instante va a cambiar el rumbo de nuestra vida. Y muchas veces ese suceso que parece imprevisto no es sino la consecuencia de que, al haber dado la vuelta entera, nos encontramos de regreso cuando creíamos estar marchando todavía en la misma dirección. En la misma dirección, tal vez; pero como se dice en mecánica, en distinto sentido. El signo de nuestra marcha ha cambiado, y quienes nos rodean y aun nosotros mismos apenas nos habíamos dado cuenta de ello, engañados por las apariencias. Cuando Picasso visita con Apollinaire aquella Exposición de arte negro; cuando Debussy escucha en cierta Exposición internacional a unos músicos javaneses y a unos «cantaos» andaluces; cuando Strawinsky comienza a prestar oídos al jazz, ¿cambiaban de ruta o se adentraban más lejos en su camino? ¿Dejaban de ser ultracivilizados para convertirse al canibalismo? Tahití, para Gauguin; Java o Granada, para Debussy; Dahomey, para Picasso, y el negro barrio de Harlem, para Strawinsky, son simples símbolos que ya habían presentado. Al revés que Colón, que buscando unas Indias conocidas se encontró con un mundo insospechado, estos otros grandes viajeros por mares de imaginación se han encontrado continentes que habían presentado en su yo profundo, astrónomos que podían haber señalado el sitio preciso de un planeta invisible por el extremado rigor de su matemática.

Strawinsky prefiere que se le estime como ingeniero o arquitecto mejor que como «artista». «Construyo mi música como un ingeniero sus puentes.» Gran disciplina. Porque, ¿cuántos puentes se hundirían y cuántos palacios se les desplomarían a tantos músicos actuales si la música estuviese sometida a la ley de la gravedad! Así el verbó «construir» tiene para Picasso y para Strawinsky tan fundamental importancia. Cuando la fuerza disolvente del impresionismo terminó por agotarse a sí misma, los músicos, tanto como los pintores jóvenes, se encontraron con que los dos hombres más grandes de su tiempo eran máximos «constructores». Su asombro se condensó en una sola palabra; «clasicismo». Pero Strawinsky y Picasso no son ni más clásicos ahora ni más salvajes antes. Simple efecto de óptica. Elemental engaño ante el vestido adoptado (en estos hombres que despreciaron siempre el «tema»). Confusión entre la «dirección» y el «sentido». Pues que la geometría no es solamente plástica de líneas, sino agudo cómputo de valores.